



EL ESTADO EUCARÍSTICO.

I.—ADORACIÓN.

El Anonadamiento (1).

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator. (Is., XLV, 15.)

Vos sois verdaderamente un Dios oculto, oh Dios Salvador de Israel.

ADORAD á Nuestro Señor, verdaderamente presente, Dios y Hombre en el Santísimo Sacramento, y suplicadle que os permita estudiar, comprender y honrar el estado que ha escogido para

(1) San Pablo ha llamado anonadamiento—*exinanivit semetipsum*—al estado humano del Verbo. El cardinal Franzelin refiere en su admirable *Tratado de la Eucaristía*, dos testimonios de San Gregorio de Nyse y de San Cirilo, en que al estado eucarístico se le da el mismo nombre, *exinanitio*, y demuestra que este es el término que conviene mejor para designar el estado del Verbo encarnado en la Eucaristía.

quedar con nosotros. Es un estado escondido, oculto, anonadado; Jesús está oculto allí, no sólo á la razón, sine también á los sentidos; y esta manera de estar le abate y le humilla, pues no es accidental ni pasajera, sino estable, permanente, invariable; ella constituye el fundamento del estado Sacramental, y el principio de donde descuellan todas las conscuencias de este estado, tanto por lo que toca á Nuestro Señor, cuanto por lo que toca á nosotros.

¡Adorad este estado misterioso; contempladle! El se compone de varios elementos que concurren todos á hacer más profundo, más completo el anonadamiento á que se reduce Nuestro Señor; pero también á mostrar la grandeza del amor que le obliga á anonadarse así, y la necesidad de esta virtud de humildad, garantía de todas las demás, de las cuales da por esto imperecedera y clara lección.

El anonadamiento eucarístico es, en primer lugar la obscuridad: la santa Hostia, que nada tiene de brillante, oculta la gloria con que brilla en el cielo, como debió brillar también aquí abajo la humanidad de Cristo resucitado.

También la ausencia de forma que oculta la belleza encantadora del rostro, de la presencia, de toda la humanidad de Jesús. La Sagrada

Hostia presenta en el exterior un pedazo de pan, cosa muy común, sin ningún atractivo para la vista, y tan vulgar que no podría llamar la atención.

También la inacción, la inercia, la impotencia, la privación de todo lo que compone, acusa y manifiesta la vida: ni sensibilidad, ni movimiento, ni mirada, ni palabra, ni acción exterior; nada de usos, nada de las relaciones de la vida; sólo la dependencia y la inerte pasividad de la materia.

Por último, el estado de muerte, del sepulcro: sí, Jesús está allí profundamente sepultado, cubierto, desaparecido; es menos aparente que el cadáver humano que guarda en sus perfiles el vestigio de la vida; y las santas especies no tienen ni un signo, ni un nombre que permita distinguir entre la Hostia consagrada y la que no lo está, como se distingue de una piedra profana en una necrópolis la piedra que cubre un despojo humano.

La muerte, el estado de muerte: he ahí, pues, en suma, de lo que se compone el anonadamiento eucarístico del Salvador: ¿se puede encontrar velo más espeso, retiro más profundo, misterio más impenetrable?

Hay cavernas que se suceden unas á otras

en el flanco de ciertas montañas y que se extienden á profundidades que no pueden imaginarse, haciendo la noche que reina en ellas más y más espantosa: así el Señor, el Altísimo, parece no estar jamás bastante retirado, ni bastante abatido, ni bastante oculto; y añade el silencio á la obscuridad, la inercia á la quietud, la impotencia á la dependencia, para ocultarse y anonadarse más.

Tal es el estado eucarístico, el anonadamiento sacramental. Y este estado, escogido libremente por el Salvador, meditado desde toda la eternidad por su sabiduría, obra maestra de su omnipotencia, que ha debido, para realizarlo, multiplicar los prodigios; este estado Jesús lo ha revestido por amor y se ha unido á él para siempre. Él lo ama y durará tanto como la Eucaristía; y esto á pesar del escándalo de muchos, á pesar del abuso que hará de él la malicia humana para olvidar lo que es debido á este Dios oculto, ó para insultarle allí libremente.

¡Ah! vosotros á lo menos adoradle. Sabed en este estado humillante reconocer á vuestro Salvador y á vuestro Dios, compensadle, alabadle, decidle con todo el amor de que sois capaces: ¡Oh Dios Salvador! Vos estáis ver-

dadamente oculto: ¡yo os reconozco y os adoro como mi Dios! Bajo esa obscuridad adoro vuestra majestad y vuestra gloria; bajo esta apariencia simple y común, la hermosura del más hermoso de los hijos de los hombres y el rostro que arrebató á los ángeles; bajo esa inacción, la actividad del Dios Criador y de la Providencia que gobierna al mundo; bajo esa impotencia, la potencia misma del Verbo encarnado, á quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; bajo ese aspecto de muerte, la vida plena, perfecta de la Divinidad y de las personas de la adorable Trinidad; la vida del alma, del cuerpo y del Corazón de Jesús; la vida activa, celosa, ardiente y amante del Pontífice que ora sin cesar, del abogado que nos defiende, del Jefe de la Iglesia que la rige y protege, del Padre y del Salvador de nuestras almas; en fin, en esa nada, oh Jesús, yo adoro al que es todo.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Obra del amor.

Dilexit me et tradidit seipsum pro me. (Galat., II, 20).

Me ha amado y se ha entregado por mí.

Siendo la Eucaristía la obra por excelencia, y una obra de amor cada una de sus maravillas, de sus aplicaciones y de sus manifestaciones, es preciso atribuir al amor, pero al amor más poderoso del Salvador, la maravilla de su anonadamiento eucarístico, fundamento de todo el Sacramento.

—¿Cuál es, pues, el designio de vuestro amor, anonadándoos bajo el velo de las especies de pan?

—Yo quiero estar contigo por todas partes; con el rico y con el pobre, con el hombre de los campos y con el de la ciudad, en este continente y en el otro, por todas partes en que haya hombres que ayudar, que proteger y que consolar: ¿podría yo hacerlo sin tomar este estado sacramental que ocupa tan poco lugar, que me hace tan pequeño, tan reducido que el

menor espacio me basta, y que el tabernáculo más pobre no está en demasiada oposición con mi desnudez?

Quiero que tengas confianza en mí, que te atrevas á aproximárteme, á pedirme, á hablarme sin temor; quiero no sólo tu respeto sino tu amistad, hacérteme familiar, como el hermano lo es á su hermano, como el hijo á su padre; aun más, quiero que tus mismos pecados, tus manchas antiguas y las que te manchan más, no te impidan recurrir á mí para implorar la gracia y el perdón: ¿lo obtendría yo y te atreverías tú á hacerlo, si me presentase á ti en el esplendor de mi majestad, en el brillo de mi santidad, con la centelleante mirada del Soberano Juez, rodeado de las legiones de ángeles que acompañan al Rey del cielo y de la tierra?

—Gracias, ¡oh Dios oculto que tenéis piedad de mi timidez y proveéis tan paternalmente á mi más grande bien!

—Yo quiero ser la víctima perpetuamente inmolada por tus pecados, que renueva la expiación tan frecuentemente y en tantos lugares como se renueva el pecado: yo quiero la obstinación del sacrificio, del perdón, contra la obstinación de la ofensa y del odio; quiero

que la fuente abierta en mi Corazón sobre el Calvario no se agote, que sus ondas, brotando sin cesar bajo la acción del sacrificio, sumerjan el cieno del crimen y cubran al mundo de un flujo perpetuo de gracia y de salud.

Pero ¿qué sacerdote se atrevería á inmolar-me para continuar el sacrificio de mi muerte, si debiera renovar ostensiblemente y con efusión sensible de sangre mi cruel Pasión? ¿Quién se atrevería á subir sobre este Calvario donde quiero atraer á mí á todos los hombres para purificarlos en mi sangre, si debiera asistir á las escenas espantosas en que mi carne debía de ser flagelada, desgarrada, crucificada, y en que la sangre hirviente debía brotar de mis manos y de mis pies traspasados?

Sin embargo, este sacrificio te es necesario; es preciso que asistas á él y te pongas bajo mi cruz, y me ofrezcas como víctima á mi Padre.

¿Te estremeces?—Mi amor ha conciliado todo: yo moriré, pero las especies ocultarán mi muerte y cubrirán la efusión de mi Sangre: yo seré tu víctima, pero tan disimulada á los ojos de tu delicadeza, que mi sacrificio será la más atractiva de las fiestas, en que aun el niño asistirá á él sin turbación.

—Bendito seáis, oh Dios oculto, que sabéis tan bien aliar las necesidades de vuestra justicia con las exigencias de mi debilidad.

—Yo quiero ser tu alimento y tu bebida. La vida divina que te he dado en el bautismo, para mantenerse, necesita un alimento divino: para hacerte semejante á Dios, es preciso que te alimentes de Dios; yo soy el Dios hecho hombre á quien debes comer. Sí; es preciso que me recibas en persona, y que comas mi carne y bebas mi sangre, que te darán mi alma y sus virtudes, mi divinidad y sus perfecciones: acércate y come, *propera et manduca*.

¿Por qué temer? ¿Te turbas y retrocedes? ¿No te atreves á morder en mi carne sangui-nolenta, á mojar tus labios en la sangre pur-púrea que se escapa de mis venas? Huyes con horror, exclamando como los de Capharnaum: «¡Eso es muy duro! ¿Quién, pues, puede comer carne humana y beber sangre?»

¡Ah! huyendo, huyes de la vida. Pero míralo bien. Yo me he hecho pan. Mi carne y mi sangre y mi cuerpo entero, lo he reducido y concentrado en un poco de pan. Mira, es pan; prueba, es pan; come sin temor, es el pan de tu hogar, el que comen los niños, los artesanos y los pobres, el pan de todos los días.

Toma con confianza y come con alegría. Durante este tiempo, extendido en todo tu ser, derramaré en él, con mi sustancia, mis virtudes, mis cualidades, mis costumbres, mis perfecciones. Yo, yo te alimentaré verdaderamente en mí mismo.

—¡Dios oculto, yo comprendo ahora verdaderamente vuestros anonadamientos! Vos me amáis, Vos me amáis demasiado, Vos queréis poseerme, hacerme el bien, colmarme de amor, daros ó mí y elevarme á Vos.

¡Vuestra Majestad, vuestras grandezas, mi condición terrestre, mis debilidades, mis preocupaciones, todo es un obstáculo! Pero vuestro amor ha triunfado de vuestras grandezas y de mi pequeñez, de vuestra majestad y de mi bajeza, y os ha hecho tal anonadándoos bajo el velo del pan, que os encuentro allí tal como tengo necesidad de poseeros, presente sin que mi timidez desfallezca, inmolido sin que el aparato de la muerte me espante, comido sin que mis dientes mastiquen otra cosa que un pan sabroso.

¡Si hay abatimientos que sufrir, éstos son para Vos! ¡Los provechos son para mí! ¡Así lo quiere vuestro amor, y á vuestro amor no resistís jamás!

III.—PROPICIACIÓN.

Exceso.

¿ Quis credidit auditui nostro?... Vidimus eum et non eran aspectus..... Unde nec reputabimus eum!—Is., LIII, 4.

¿Quién lo creyera? Le hemos visto sin forma y sin apariencia humana; su rostro estaba desfigurado; se nos ha aparecido como el último de los seres y no hemos querido fijarnos en él.

El estado que crea á Jesús el velo eucarístico es en verdad un estado de humillación, de debilidad y de dependencia: es el anonadamiento mismo. Pero como Él toma este estado únicamente por amor á los hombres, para su bien y su ventaja, sin duda que los hombres van por reconocimiento á dedicarse á consolar, tanto como puedan, á su Dios, arrastrado por ellos á anonadamiento tal. Amor, honor, respeto y triunfo van á emplear para exaltarle y para rehacerle amorosamente una gloria, un trono, una corte, una realeza. Esta será una lucha admirable entre el amor de Dios, abatiendo la majestad divina en favor del hombre,

y el amor del hombre exaltando al Dios abatido.

¡Ah! ¿Se podría creer, si no se supiera, que el hombre caído es capaz de todas las perfidias, de todas las iniquidades, de todas las crueldades, aun las más monstruosas? ¿Si no se supiese que el pecado es sinónimo de estupidez, de ingratitud, de dureza, y que hace perder el corazón al mismo tiempo que los sentidos?

¿Este velo que Jesús arroja con tan grande amor sobre su majestad no servirá más que para hacerla desconocer y despreciar más? ¡La debilidad que abraza será el pretexto para abusar de Él! ¡Se añadirán á las humillaciones de su estado las del ultraje y las de los tratamientos indignos; y Jesús, que tan bajo se ha colocado ya Él mismo, se verá arrojado mucho más bajo todavía por nuestros desprecios, nuestras ingratitudes y nuestro odio! Y así este primer exceso de amor que le ha arrastrado á las profundidades del Sacramento, no servirá más que para ahuecar un abismo más profundo y más horrible en que el hombre lo precipitará bajo el peso de sus ingratitudes..... El abismo llama al abismo. ¡El abismo de las humillaciones voluntarias del Salvador llamará al abismo de las humillaciones del hombre ingrato, endurecido y sin corazón!

¡Qué asunto tan á propósito para compadecer al divino Anonadado del Tabernáculo!

Y si el amor ha previsto estos anonadamientos, mucho más difíciles de aceptar que los primeros, ¿será suficiente la vida y la eternidad para comprender este amor y para pagarlo de alguna manera?

Pues bien: ved qué exceso de humillaciones añade la ingratitud del hombre á las del estado Eucarístico, abrazadas tan generosamente por el amor del Salvador.

Porque está obscuro, sin brillo ni apariencia, se le olvida, no se toma cuenta de Él, se le trata sin respeto ni atención; estamos en su presencia, y nos distraemos, nos fastidiamos, nos dormimos, pensamos en todo menos en Él; dejamos nuestro recuerdo, nuestras miradas vagar por las criaturas, y ¿cuántas veces se le ofende así, y en el momento mismo en que debería irsele á honrar?

¡Oh, si Él se mostrase resplandeciente de gloria! ¡oh, si sus ángeles apareciesen á su lado!.... Pero no, Él se confía á nuestro amor, y éste le desconoce y le desprecia.

Porque el velo eucarístico le priva de palabra, de fuerza y de acción; porque no puede ni defenderse, ni huir, ni pedir socorro, se hace

el juguete de los elementos á que la negligencia le abandona, y de los tratamientos del odio que le persigue.

El fuego, la humedad de agua, el polvo, la polilla, la descomposición se unirán á los flancos del Dios oculto y abandonado; los más viles insectos vendrán á mancharle con su contacto, y mientras que en sus tabernáculos tan poco visitados, la araña extenderá sus telas inmundas, el gusano en el copón hara su presa de la Hostia que no se haya cuidado de renovar.

El odio dará el salto con la negligencia contra el vencido, el impotente, el anonadado del Tabernáculo. ¿No se necesita cargar humillaciones tras humillaciones sobre los hombros del Altísimo á quien el amor abate tan generosamente, y escupir y cubrir de heridas ese rostro del Dios tres veces santo cuyos ojos cierra el amor?

El impío, y el francmasón, y el judío, y el ladrón, y el sacrilego, y todos los profanadores pueden apoderarse de Él, llevárselo, hacerle servir para sus juegos sacrilegos y para sus furores; y será golpeado, destrozado, roto, pisoteado y arrojado á las inmundicias.

¡Y será Él, siempre Él, Él en este fango, Él en estas ignominias!

¡Mas para que pudiera ser así, era preciso que tomara el estado Eucarístico; él ha previsto este exceso, está liga más amarga que nuestro odio debía verter en su cáliz, este exceso de abatimiento en el anonadamiento mismo!

Id, recorred la tierra; acercaos á todos los Tabernáculos, abrid con respeto todos los copones en que gimen tantas Hostias abandonadas; seguid las que los malvados profanan, y ofrecedles vuestras lágrimas, vuestro amor y vuestras consolaciones.

IV.—SÚPLICA.

Fruto de la Hostia.

Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu, qui cum forma Dei esset, semetipsum exinanivit. (Ad. Phil., III, 5.)

Tened los mismos sentimientos que el Cristo Jesús, que estando en la gloria de Dios, se ha anonadado por amor vuestro.

El anonadamiento Eucarístico de Jesús es la raíz de todas las virtudes de que quiere darnos lección y ejemplos perpetuos en su Eucaristía. La Eucaristía tiene por objeto continuar, en efecto, no sólo la presencia del Hijo de Dios

sobre la tierra, sino sus enseñanzas y ejemplos.

Pues bien; sobre el estado de anonadamiento reposan y viven todos los demás estados que pueden considerarse en el Cristo Eucarístico, el estado de pobreza y de obediencia, el de paciencia y dulzura, el de caridad y de abnegación. Sin el anonadamiento que reduce á Jesús á ser la santa Hostia, á tomar el estado, á aceptar libremente y á guardar por amor las condiciones y las consecuencias de este estado, todas estas virtudes cesan al momento, de sernos tan visible, tan perseverante y tan amablemente enseñadas.

Pero hay una virtud entre todas que resalta del anonadamiento Eucarístico, que brota de él, que es su flor, su fruto, su aroma, su brillo, su rayo, su consecuencia necesaria; una virtud tan íntimamente ligada á este estado, que se confunde con él: es la humildad.

La humildad es la primera é inmediata emanación del estado Eucarístico: no puede verse la Hostia sin ver allí al Hijo de Dios abatido ante su Padre por amor, renunciando á sus derechos por amor, sometido al hombre por amor, tan humilde á todas las miradas, de todas las maneras, que la humildad parece ser la única cosa que haya visado al tomar el estado Eucarístico.

Así es que podemos decir que, después del amor de Dios y del prójimo, no hay una virtud, como la comunión que tienda á producir más directa y plenamente en el alma la humildad.

Es á la humildad quien enseñan ante todo la contemplación y la adoración de la Hostia santa.

Es el sacrificio y la reparación de la humildad lo que el Salvador ofrece sobre todo á su Padre por su estado sacramental, y lo que opone á los desbordamientos furiosos y universales del orgullo humano.

Orad, pues, suplicad á Jesús que reproduzca en vosotros la virtud dominante y esencial de su estado Eucarístico; ¿no debe ser la humildad la virtud dominante y esencial de vuestra santidad, y no la debéis considerar como un primer principio sin el cual todas las demás virtudes serían inútiles, de tal manera que entra por una parte preponderante en todas vuestras virtudes, en todos vuestros deberes de estado, en toda vuestra vida moral y sobrenatural? Porque ella es la virtud fundamental y necesaria, y también porque el orgullo es principio, causa y parte integrante de todos nuestros pecados, es por lo que el Salvador quiere por su estado Eucarístico, permanente y visible en-

señar sobre todo la humildad, y por la comunión dar la gracia y fuerza más abundantemente que de cualquiera otra virtud.

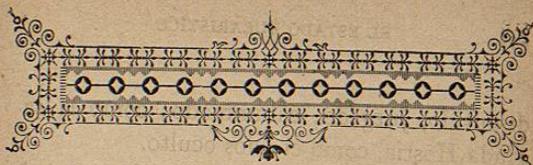
Pedidle, pues, que haga obrar sobre vosotros la virtud de su anonadamiento sacramental; pedidle la humildad y las demás virtudes accesorias que viven de la humildad y que, en recompensa, la protegen y la desarrollan.

Extended sobre vosotros el velo que cubre á Cristo en la Eucaristía, por el silencio sobre vosotros mismos, sobre vuestras acciones y vuestros méritos; ocultaos por la modestia en el andar, en el mirar, en el todo; ocultaos haciendo simple y obscuramente vuestro deber, rindiendo servicios sin afectación.

Anonadaos pensando poco en vosotros, abatiendo toda fijeza, toda complacencia en vuestra excelencia de espíritu y de corazón, en vuestras cualidades más ó menos notables. Descended más y más á las profundidades en que habéis de encontrar al Cristo anonadado, despreciándoos sinceramente á vosotros mismos, practicando todos los deberes según los movimientos de la humildad, obedeciendo, abriéndoos á vuestros guías, aceptando ser dirigido, conducido en todo, abatido y elevado, sirviendo á todo como la Hostia: aceptando ser

discutido, juzgado, calumniado, como la sagrada Hostia, como el Dios oculto.

En fin, también como la Hostia, aceptad, reducid vuestro corazón á pesar del rigor sobrehumano de este sacrificio, á aceptar el ser desconocido, traicionado, abandonado, aun de vuestros más caros, aun de aquellos á quienes hayáis hecho mayores bienes; y como ella, reduciéndoos siempre, cediendo siempre, quered absolutamente, sin reserva, pero sincera y valerosamente, no ser nada en todo y por todo: de este modo seréis uno con ella y viviréis en ella; esto será el dolor y la muerte total, sí; pero será también la vida perfecta y la perfecta felicidad. El velo que anonada á Jesús y le entrega á la maldad de los hombres, le hace al mismo tiempo invulnerable, y le retira en la alegría y la gloria de su Padre; este velo os cubrirá también; dejando todo lo que sois humanamente á la humillación y al dolor, sobrenaturalmente viviréis en la alegría y la gloria de Jesús, en su paz y en su amor, en su Corazón y en su Hostia.



LA DIFUSIÓN DE LA EUCARISTÍA.

¡Por todas partes!

I.—ADORACIÓN.

Ponam tabernaculum meum in medio vestri, et non abiciet vos anima mea; ambulabo inter vos et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.

Elevaré mi tienda en medio de los vuestros, y mi corazón no se cansará jamás de vosotros. Yo marcharé entre vosotros; yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.

(Lev., XXVI, 11-12.)

VUESTRO Dios, vuestro Salvador, la luz, el socorro, el perdón, el consuelo, en una palabra, Jesús en el Sacramento está bajo vuestros ojos, enfrente de vosotros: para encontrarlo sólo habéis tenido que